

EL ÉXODO DE JONÁS o LA PROVOCACIÓN DE DIOS

La historia de Jonás comienza por una desobediencia y acaba con una crítica a Dios El gran pez, o monstruo marino, no es el protagonista. El auténtico protagonista de la historia es el mismo Dios. Él es quien envía Jonás a Nínive, quien provoca la tempestad, quien envía la gran serpiente marina, quien encamina al fugitivo hacia Nínive, y quien perdona a la ciudad penitente provocando la rebeldía de Jonás.

La oración de Jonás es un añadido posterior y no destruye el enfrentamiento entre Jonás y Dios.

En la primera parte del libro, se nos presenta un Jonás obstinado, y unos paganos sensibles a todo lo que es divino. Dios está dispuesto a castigar.

La segunda parte comienza con un golpe de efecto teatral con Nínive como protagonista. Pero Dios siempre es fiel a sí mismo, aunque Jonás no lo entienda.

En el capítulo 1 Jonás rechaza la misión de ir a los paganos. Huye de la presencia de Dios, va a Jafa, sube en el barco, y baja a la bodega donde queda inmerso en un sueño profundo. Su intención es huir *lejos del Señor*. Es justamente todo lo contrario de lo que ha de hacer un auténtico profeta. Se sitúa en estado de rebeldía y se enfada contra Dios, como Caín.

La segunda secuencia es la de la tempestad. En primer plano aparecen los hombres, la naturaleza y los acontecimientos; parece como si Dios no estuviera presente, pero es precisamente a través de ellos como Dios actúa. Los marineros son paganos, pero se convierten. Por otra parte, Jonás se declara hebreo y confiesa que Yahvé es el creador del universo. Con ello testimonia que es Dios quien provoca la tempestad (como la atestiguan la suerte de los dados). Jonás entra en contradicción: confiesa su fe, pero prefiere la muerte antes que obedecer a Dios. Incluso los marineros temen lanzar al mar a Jonás por respeto a la vida humana. Al final, ellos también confiesan que el Dios creador (*Elohim*) es también el Dios de Jonás, Yahvé, el Dios de Israel, el Dios de la revelación mosaica. Podemos decir que la huída de Jonás, se convierte en motivo de salvación para los paganos (Rm 8,28; 11,30-36).

El mar, en el contexto bíblico, es signo del mal y de la maldad. El relato de Jonás parece una repetición del éxodo de Israel en el paso del Mar Rojo (Ex 14,5-31). En el relato primitivo del éxodo, los israelitas se salvan y los egipcios se ahogan. Ahora, por contraposición, son los paganos quienes se salvan y Jonás, el hijo de Abraham, quien se ahoga.

Dios envía a Jonás, envía la tempestad, y también envía al gran pez. Pero la finalidad es que Jonás obedezca la orden de ir a Nínive. (El relato de la famosa ballena es secundario).

El tercer episodio (cap 2,1-11) es el más conocido. Un gran pez se traga a Jonás y lo vomita al cabo de tres días sobre tierra firme. Estando dentro del pez, Jonás recita un salmo de petición y de acción de gracias. En realidad es un poema para ser cantado, pero las traducciones lo dificultan. El salmo expresa la liberación de un hombre que ha conocido la experiencia de la muerte.

Es un auténtico 'naufragio'. La experiencia parece contradictoria: Aquél que esta en la oscuridad, en la soledad, en el 'sheol' o en la impotencia de la muerte, se encuentra recitando un salmo, en la presencia de Dios, como si estuviera en el templo de Jerusalén, lugar donde se experimenta el gozo, la luz y la vida.

El evangelista Mateo (Mt 12,40) en esta experiencia de muerte ve prefigurada la muerte y la sepultura de Jesús. La salvación de Jonás no es únicamente personal, sino referida a todo creyente. Aún no ha salido de la fosa'. Pero a pesar de eso, la oración no corta el hilo del discurso. Jonás es devuelto a la tierra para continuar la su misión. Él será el instrumento *involuntario* de la salvación de los paganos.

El relato de Jonás no es una narración histórica, es una narración con sentido teológico y pedagógico. Relatos parecidos existían en la antigüedad en Grecia, Siria y Egipto, pero el relato de Jonás es original. No se encuentra en ninguna mitología conocida.